

Domingo IV del Tiempo Ordinario (ciclo B)

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- DEL MISAL MENSUAL
- BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- SAN JERÓNIMO (www.iveargentina.org)
- FRANCISCO – Ángelus 2015 y 2018 - Homilías en Santa Marta (3.IX.13 y 11.X.13)
- BENEDICTO XVI – Ángelus 2009 y 2012
- DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)
- PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes
- FLUVIUM (www.fluvium.org)
- PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)
- BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)
- Rev. D. Jordi CASTELLET i Sala (Barcelona, España) (www.evangelinet.net)
- EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (www.lacompaniademaria.com), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical (lacompaniademaria01@gmail.com).

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a doctos.de.interes@gmail.com.

Para recibirlo por WhatsApp: <https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd>.

DEL MISAL MENSUAL

LA PROFECÍA

Deut 18, 15-20; Sal 94; 1 Cor 7, 32-35; Mc 1, 21-28

El texto de Deuteronomio es clave para la comprensión de la profecía. Es un texto que ha interesado vivamente al judaísmo y al cristianismo: suscita preguntas sobre el carácter singular de Moisés, la conexión entre él y otros profetas, y la expectación de un profeta excepcional, el Mesías. Implica una

actitud acerca de los distintos tipos de adivinación practicados por los pueblos cananeos y el criterio para distinguir los falsos profetas. Esencialmente, un profeta no predice el futuro, sino que proclama el juicio de Dios: relaciona a Dios con un contexto específico para ayudar a los que no saben o no quieren escucharlo a entender sus vidas a la luz de Dios. Es lo que hace Jesús a través de su ministerio, empezando en Cafarnaúm. Por eso la gente se asombra de su autoridad y por eso empieza también a rodearse de enemigos.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 105, 47

Sálvanos, Señor y Dios nuestro; reúnenos de entre las naciones, para que podamos agradecer tu poder santo y sea nuestra gloria el alabarte.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Señor Dios nuestro, adorarte con toda el alma y amar a todos los hombres con afecto espiritual. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Les daré un profeta y pondré mis palabras en su boca.

Del libro del Deuteronomio: 18, 15-20

En aquellos días, habló Moisés al pueblo, diciendo: “El Señor Dios hará surgir en medio de ustedes, entre sus hermanos, un profeta como yo. A él lo escucharán. Eso es lo que pidieron al Señor, su Dios, cuando estaban reunidos en el monte Horeb: ‘No queremos volver a oír la voz del Señor nuestro Dios, ni volver a ver otra vez ese gran fuego; pues no queremos morir’.

El Señor me respondió: ‘Está bien lo que han dicho. Yo haré surgir en medio de sus hermanos un profeta como tú. Pondré mis palabras en su boca y él dirá lo que le mande yo. A quien no escuche las palabras que él pronuncie en mi nombre, yo le pediré cuentas. Pero el profeta que se atreva a decir en mi nombre lo que yo no le haya mandado, o hable en nombre de otros dioses, será reo de muerte’ “.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 94,1-2,7-8,9-10.

R/. Señor, que no seamos sordos a tu voz.

Vengan, lancemos vivas al Señor, aclamemos al Dios que nos salva. Acerquémonos a él, llenos de júbilo, y démosle gracias. **R/.**

Vengan, y puestos de rodillas, adoremos y bendigamos al Señor, que nos hizo, pues él es nuestro Dios y nosotros, su pueblo; él es nuestro pastor y nosotros, sus ovejas. **R/.**

Hagámosle caso al Señor, que nos dice: “No endurezcan su corazón, como el día de la rebelión en el desierto, cuando sus padres dudaron de mí, aunque habían visto mis obras”. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

La mujer soltera se preocupa de las cosas del Señor.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 7,32-35

Hermanos: Yo quisiera que ustedes vivieran sin preocupaciones. El hombre soltero se preocupa de las cosas del Señor y de cómo agradarle; en cambio, el hombre casado se preocupa de las cosas de esta vida y de cómo agradarle a su esposa, y por eso tiene dividido el corazón.

En la misma forma, la mujer que ya no tiene marido y la soltera se preocupan de las cosas del Señor y se pueden dedicar a él en cuerpo y alma. Por el contrario, la mujer casada se preocupa de las cosas de esta vida y de cómo agradarle a su esposo.

Les digo todo esto para bien de ustedes. Se lo digo, no para ponerles una trampa, sino para que puedan vivir constantemente y sin distracciones en presencia del Señor, tal como conviene.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 4, 16

R/. Aleluya, aleluya.

El pueblo que yacía en tinieblas vio una gran luz. Sobre los que vivían en tierra de sombras una luz resplandeció. **R/.**

EVANGELIO

No enseñaba como los escribas, sino como quien tiene autoridad

+ Del santo Evangelio según san Marcos: 1, 21-28

En aquel tiempo, llegó Jesús a Cafarnaúm y el sábado siguiente fue a la sinagoga y se puso a enseñar. Los oyentes quedaron asombrados de sus palabras, pues enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas.

Había en la sinagoga un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se puso a gritar: “¿Qué quieres tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a acabar con nosotros? Ya sé quién eres: el Santo de Dios”. Jesús le ordenó: “¡Cállate y sal de él!”. El espíritu inmundo, sacudiendo al hombre con violencia y dando un alarido, salió de él. Todos quedaron estupefactos y se preguntaban: “¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta? Este hombre tiene autoridad para mandar hasta a los espíritus inmundos y lo obedecen”. Y muy pronto se extendió su fama por toda Galilea.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, complacido, estos dones que ponemos sobre tu altar en señal de nuestra sumisión a ti y conviértelos en el sacramento de nuestra redención. Por Jesucristo nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 30,17-18

Vuelve, Señor tus ojos a tu siervo y sálvame por tu misericordia. A ti, Señor me acojo, que no quede yo nunca defraudado.

O bien: Mt 5, 3-4

Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos los humildes porque heredarán la tierra.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Señor, que, alimentados con el don de nuestra redención, este auxilio de salvación eterna afiance siempre nuestra fe en la verdad. Por Jesucristo nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Pondré mis palabras en su boca (Dt 18,15-20)

1ª lectura

Se trata de un texto clave para la institución del profetismo en Israel e, incluso, para el concepto de Mesías. El profeta es, junto con el rey y el sacerdote, una de las grandes instituciones de Israel, con unas características de elevación religiosa y moral peculiares del pueblo elegido. Moisés es considerado por la tradición deuteronomica (cfr Dt 34,10-12) no sólo como el salvador de la esclavitud de Egipto y el legislador, sino como el primero y el modelo egregio de los profetas que Dios hará surgir después.

La misión fundamental del profeta será hablar en nombre del Señor y anunciar el significado y alcance de acontecimientos pasados, presentes y futuros: los israelitas no necesitarán para nada, por tanto, de adivinos, de magos ni de nigromantes —evocadores de muertos—, tan relacionados con la idolatría y la superstición. Sin embargo, de hecho, caerán con frecuencia en esa tentación; incluso en el horrendo «hacer pasar por el fuego» a los hijos (cfr 2 R 21,6) —eufemismo que designaría verdaderos sacrificios humanos—, repetidas veces condenado en el Antiguo Testamento (cfr, p.ej., Jr 7,31; Ez 16,20-21).

La tradición ha mostrado el sentido mesiánico de los vv. 15 y 18. Ya en el Nuevo Testamento, San Pedro identifica el «profeta» que Dios suscitaría con Jesucristo (cfr Hch 3,22-23, que cita textualmente Dt 18,18; cfr también Jn 1,21.45; 6,14; 7,40). Entre los testimonios de la tradición judía que, en tiempos de Jesús, daban a este pasaje un valor fuertemente mesiánico destaca el de los Manuscritos de Qumrán (cfr 1 QS 9) que añaden a este pasaje el de Dt 5,28-29 y los referentes a la Estrella de Jacob (Nm 24,17) y al Cetro de Israel (Gn 49,10); finalmente ponen en relación 18,9-22 con 33,8-11, mediante la alusión al Mesías sacerdotal.

El sentido colectivo que puede tener el anuncio de Moisés —en cuanto referido a los sucesivos profetas que Dios irá suscitando en Israel— es perfectamente compatible con su cumplimiento en grado eminente en Jesucristo, culmen de todos los profetas (cfr Hb 1,1-4).

Libres de preocupaciones (1 Co 7,32-35)

2ª lectura

La excelencia de la virginidad —tanto de mujeres como de hombres— se fundamenta en el amor de Dios, al cual puede dedicarse el célibe con una exclusividad que no se da en la persona casada. «La respuesta a la vocación divina es una respuesta de amor al amor que Cristo nos ha demostrado de manera sublime (Jn 15,13; 3,16) (...). La gracia multiplica con fuerza divina las exigencias del amor, que, cuando es auténtico, es total, exclusivo, estable y perenne, estímulo irresistible para todos los heroísmos. Por eso la elección del sagrado celibato ha sido considerada siempre en la Iglesia “como señal y estímulo de la caridad” (*Lumen gentium*, n. 42); señal de un amor sin reservas, estímulo de una caridad abierta a todos» (Pablo VI, *Sacerdotalis caelibatus*, n. 24).

Liberación de un endemoniado (Mc 1,21-28)

Evangelio

El relato de la actividad del Señor se abre con una «jornada» del Maestro en Cafarnaún: comienza por la mañana en la sinagoga (v. 21), sigue después en casa de Pedro (1,29), se continúa con las curaciones al atardecer (1,32), cuando ya ha prescrito el descanso sabático, y se concluye con la oración de madrugada (1,35). En estos versículos aparecen condensadas las actitudes ante Jesús que se presentarán enseguida: el asombro de la gente (2,12), la muchedumbre que se reúne junto a Él (3,7-12), la adhesión sincera de sus discípulos (3,13-19), etc.

El primer episodio que se narra es la liberación de un endemoniado. El evangelista, haciéndose eco del comentario de la muchedumbre (v. 27), proclama con admiración que Jesús enseñaba y actuaba «con potestad» (v. 22). A lo largo de estos primeros capítulos del evangelio, Jesús irá mostrando que su potestad abarca muchas cosas: las enfermedades y los demonios (1,29-34), las leyes rituales (2,18-28), etc. Ahora, sin embargo, la potestad se refiere a dos aspectos: a su enseñanza y a su poder sobre el demonio. Jesús no se remite a la enseñanza de los maestros de Israel, ni siquiera introduce su doctrina, como los profetas, afirmando que proclama la palabra de Dios: su palabra es la de Dios. Y, como para refrendar el poder de su palabra, con ella libera también al endemoniado. Jesús, a diferencia de los exorcistas que con complicadas operaciones debían averiguar el nombre del demonio para tener autoridad sobre él, expulsa al demonio con un simple mandato de su voz: «Que el demonio hubiera sido arrojado no era nada nuevo, pues también solían hacerlo los exorcistas hebreos. Pero, ¿qué es lo que dice? ¿Qué es esta enseñanza nueva? ¿Por qué nueva? Porque *manda con autoridad a los espíritus inmundos*. No invoca a ningún otro, sino que Él mismo ordena: no habla en nombre de otro, sino con su propia autoridad» (San Jerónimo, *Commentarium in Marcum* 2).

Los demonios tienen un conocimiento y un poder superior a los hombres, pero frente a Jesús no les sirve para nada. Así, por ejemplo, conocen que Jesús es el «Santo de Dios» (v. 24), pero desconocen que es también el Siervo del Señor que liberará al mundo con la cruz. Por eso, recordando a Santiago (St 2,19), comenta San Agustín: «Estas palabras demuestran que los demonios poseían una gran ciencia, y que les faltaba la caridad. Temían de Él su pena y no amaban en Él la justicia. Se les dio a conocer cuanto Él quiso, y quiso cuanto convino (...), para infundirles terror» (*De civitate Dei* 9,21).

SAN JERÓNIMO (www.iveargentina.org)

La autoridad de Jesucristo

Entran en Cafarnaúm¹. ¡Feliz y hermoso!: dejan el mar, dejan la barca, dejan los vinculos de las redes, y entran en Cafarnaúm. El primer cambio es éste: dejar el mar, dejar la barca, dejar el antiguo padre, dejar los antiguos vicios. Pues en las redes y en los vínculos de las redes se dejan todos los vicios. Fijaos bien en el cambio. Dejan todas las redes, y al dejarlas, ¿qué encuentran? «Entran — dice el evangelista — en Cafarnaúm»: en el campo de la consolación. CAPHAR significa campo, NAUM significa consolación. O si queréis, —teniendo en cuenta que la lengua hebrea permite múltiples significados y que, según la distinta pronunciación, una palabra puede tener sentido diverso— NAUM significa no sólo consolación, sino también hermoso.

Entran en Cafarnaúm y, al llegar el sábado, entró en la sinagoga y les enseñaba: que abandonaran el ocio del sábado y asumieran las obras del Evangelio. Les enseñaba como quien tiene

¹ Mc 1, 21

autoridad, y no como los escribas². Pues no decía: «Esto dice el señor», o: «El que me envió dice lo siguiente», sino que hablaba él en primera persona, el mismo que había hablado por medio de los profetas. Una cosa es decir: está escrito, otra decir: esto dice el Señor, y otra decir: en verdad os digo. Fijaos en otro pasaje: «Está escrito, dice, en la ley: no matarás, no repudiarás a tu mujer». Está escrito. ¿Por quién está escrito? Por Moisés, mas ordenádoselo Dios. Si está escrito por el dedo de Dios, ¿cómo te atreves a decir: en verdad os digo, si no eres tú mismo, el que antes diste la ley? Nadie se atreve a cambiar la ley, si no es el rey. La ley la dio ¿el Padre o el Hijo? Responde, hereje. Acepto de buen grado lo que digas: para mí han sido los dos. Si la dio el Padre, también es el Padre quien la cambia, luego el Hijo es igual al Padre, porque la cambia juntamente con quien la dio. Sea que él la dio, sea que él la cambia, la misma autoridad demuestra al haberla dado que al haberla cambiado, cosa que nadie puede hacer más que el rey.

Se admiraban de sus enseñanzas. Yo me pregunto: ¿Qué había enseñado de nuevo? ¿Qué de nuevo había predicado? Decía por sí mismo las mismas cosas que habían dicho los profetas. Mas se admiraban por esto, porque enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. No enseñaba como un maestro, sino como el Señor: no hablaba, apoyándose en otra autoridad superior, sino que hablaba él mismo con la autoridad que le era propia. Hablaba así, en definitiva, porque con su propia esencia estaba diciendo lo que había dicho por medio de los profetas. «Yo, que hablaba, he aquí que estoy presente»³. El espíritu impuro, que antes había estado en la sinagoga y que los había llevado a la idolatría, del cual está escrito: «Habéis sido seducidos por el espíritu de la fornicación»⁴, era el espíritu que había salido de un hombre y discurría por el desierto, el que buscó reposo y no pudo hallarlo y que, tomando consigo a otros siete demonios, regresó a su antigua morada⁵. En aquel tiempo, estos espíritus estaban en la sinagoga y no podían soportar la presencia del Salvador. ¿Qué tienen en común Cristo y Belial?⁶ Imposible que habiten los dos en la misma comunidad. Se hallaba en la sinagoga un hombre poseído de un espíritu impuro, que comenzó a gritar diciendo: ¿qué hay entre tú y nosotros?⁷ ¿Quién es el que dice: qué hay entre ti y nosotros? Es uno solo y habla en nombre de muchos. Por ser él vencido, comprendió que habían sido vencidos también sus compañeros «y comenzó a gritar». Comenzó a gritar como quien está inmerso en el dolor, como quien no puede soportar la flagelación.

Y comenzó a gritar, diciendo: ¿qué hay entre ti y nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Sé quién eres, el Santo de Dios⁸. Inmerso en los tormentos y manifestando con sus gritos la magnitud de los mismos, no pone, sin embargo, fin a sus mentiras. Se ve obligado a decir la verdad, le obligan los tormentos, pero se lo impide la malicia. «¿Qué hay entre ti y nosotros, Jesús Nazareno?» ¿Por qué no confiesas que es el Hijo de Dios? ¿Te atormenta el Nazareno y no el Hijo de Dios? ¿Sientes sus castigos y no confiesas su nombre? Esto respecto a Jesús Nazareno. «¿Has venido a perdernos?» Es cierto esto que dices: Has venido a perdernos. «Sé quién eres».

Veamos lo que añades: «el Santo de Dios». ¿No fue Moisés el santo de Dios? ¿No lo fue Isaías? ¿No lo fue Jeremías? «Antes, dice el Señor, de que nacieras, en el seno materno te santifiqué»⁹. Esto se le dice a Jeremías y ¿no fue el santo de Dios? Luego ni siquiera quienes fueron

² Mc 1, 22

³ Is 52, 6

⁴ Os 4, 12

⁵ Mt 12, 43 ss.

⁶ 2 Co 6, 15

⁷ Mc 1, 23-24

⁸ Ibíd.

⁹ Jr 1, 5

santos lo fueron. Más ¿por qué no les dices a cada uno de ellos: sé quién eres, el Santo de Dios? ¡Oh, qué mente tan perversa: inmerso en la tortura y los tormentos, a pesar de conocer la verdad, no quiere confesarla! «Sé quién eres, el Santo de Dios». No digas el Santo de Dios, sino el Dios santo. Finges saber quién es, pero no lo sabes. Porque una de dos: o lo sabes e hipócritamente te lo callas, o simplemente no lo sabes. Pues él no es el Santo de Dios, sino el Dios santo.

¿Por qué he dicho todo esto? Para que no demos crédito a lo que testifican los demonios. El diablo nunca dice la verdad, puesto que es mentiroso como su padre. «Vuestro padre —dice Jesús a los judíos— es mentiroso, y lo es desde el principio, como su propio padre». Dice que su padre es mentiroso y que no dice la verdad, así como su propio padre, que es el padre de los judíos. Ciertamente el diablo es mentiroso desde el principio, Pero, ¿quién es el padre del diablo? Fíjate bien en lo que dice: «Vuestro padre es mentiroso, desde el principio habla mentira, como su padre». Lo cual significa esto: que el diablo es mentiroso, y habla mentira, y es el padre de la mentira misma¹⁰. No quiere decir que el diablo tenga otro padre, sino que el padre de la mentira es el diablo. Por ello dice que es mentiroso y que desde el principio del mundo no dice la verdad, o sea, habla mentira y es su padre, esto es, padre de la mentira misma.

Hemos dicho todo esto de pasada, para que nos percatemos de que no debemos aceptar lo que testifican los demonios. Dice el Señor y Salvador: «Esta raza no sale más que con muchos ayunos y oraciones»¹¹. Y he aquí que veo muchos que se entregan a las borracheras, que eructan vino, y que en medio de los banquetes exorcizan e increpan a los demonios. Parece que Cristo nos haya mentido, pues dijo: «Esta raza no sale más que con muchos ayunos y oraciones». Así, pues, insisto en todo esto, para que no aceptemos fácilmente lo que testifican los demonios.

En definitiva, ¿qué dice el Salvador? Y Jesús le conminó: Cállate y sal de este hombre¹². La verdad no necesita del testimonio de la mentira. No he venido para ser reconocido por tu testimonio, sino para arrojarte de mi criatura. «No es hermosa la alabanza en boca del pecador»¹³. No necesito el testimonio de aquel, al que quiero atormentar. «Cállate». Tu silencio sea mi alabanza. No quiero que me alabe tu voz sino tus tormentos: tu pena es mi alabanza. No me resulta agradable que me alabes, sino que salgas. «Cállate y sal de este hombre». Como si dijera: sal de mi casa, ¿qué haces en mi morada? Yo deseo entrar: «Cállate y sal de este hombre». De este hombre, es decir, de este animal racional. Sal de este hombre: abandona esta morada preparada para mí. El Señor desea su casa: sal de este hombre, de este animal racional.

«Sal de este hombre», dijo también en otro lugar a una legión de demonios, para que saliera de un hombre y entrara en los puercos¹⁴. Mira cuán preciosa es el alma humana. Esto contradice a aquellos que creen que nosotros y los animales tenemos una misma alma y arrastramos un mismo espíritu. De un solo hombre es arrojada la legión y enviada a dos mil puercos, lo cual nos hace ver que es precioso lo que se salva y de poco valor lo que se pierde. Sal de este hombre y vete a los puercos, vete a los animales, vete donde quieras, vete a los abismos. Abandona al hombre, es decir, abandona una propiedad particularmente mía. «Sal de este hombre»: no quiero que tú poseas al hombre; es para mí una injuria que habites tú en el hombre, siendo yo el que habita en él. Yo asumí el cuerpo humano, yo habito en el hombre. Esa carne que posees es parte de mi carne, por tanto, sal del hombre.

¹⁰ Cf. Jerón., In Isaías 14, 22

¹¹ Mt 17, 21

¹² Mc 1, 25

¹³ Eclo 15, 9

¹⁴ Mt 8, 32 Cf. Jerón., In Matth. 8, 31 ss.

Y el espíritu inmundo, agitándolo violentamente...¹⁵ Con estos signos mostró su dolor. «Agitándolo violentamente». Aquel demonio, al salir, como no podía hacer daño al alma lo hizo al cuerpo y, como de otro medio no podía hacer comprender, manifiesta con signos corporales que ha salido. «Y el espíritu inmundo, agitándolo violentamente...». Porque allí estaba el espíritu puro que huye del espíritu impuro.

Y, dando un grito, salió de él¹⁶. Con el clamor de la voz y la agitación del cuerpo puso de manifiesto que salía.

Todos quedaron pasmados de tal manera que se preguntaban unos a otros... etc.¹⁷. Leamos los Hechos de los Apóstoles, leamos los signos, que hicieron los antiguos profetas. Moisés hace signos y ¿qué dicen los magos del faraón? «Es el dedo de Dios»¹⁸. Es Moisés el que los hace y ellos reconocen el poder de otro. Hacen después signos los apóstoles: «En el nombre de Jesús, levántate y anda»¹⁹. «En el espíritu de Jesús, sal». Siempre es nombrado Jesús. Aquí, sin embargo, ¿qué dice el señor? «Sal de este hombre». No nombra otro, sino que es él mismo el que les obliga a los demonios a salir. Todos quedaron pasmados de tal manera que se preguntaban unos a otros: ¿Qué es esto? ¿Qué es esta enseñanza nueva?²⁰ Que el demonio hubiera sido arrojado no era nada nuevo, pues también solían hacerlo los exorcistas hebreos²¹. Más, ¿qué es lo que dice? «¿Qué es esta enseñanza nueva»? ¿Por qué nueva? Porque manda con autoridad a los espíritus inmundos²². No invoca a ningún otro, sino que él mismo ordena: no habla en nombre de otro, sino con su propia autoridad.

Y bien pronto su fama se extendió por toda la región de Galilea²³. No por Judea, ni por Jerusalén, pues los doctores judíos, llenos de envidia hacia Jesús, no dejaban que su fama se extendiera. En definitiva, Pilato y los demás pudieron comprobar que los fariseos habían entregado a Jesús por envidia²⁴. ¿Por qué digo esto? Por lo de que su fama se extendió a toda Galilea. A toda Galilea llegó su fama y no llegó siquiera a una sola aldea de Judea. ¿Por qué insisto en ello? Porque el alma que ha sido poseída de una vez por la envidia, difícil es que acoja las virtudes. Es casi imposible hallar remedio para un alma, a la que haya poseído la envidia. En definitiva, el primer homicidio y el primer parricidio los hizo la envidia. Dos hombres había en el mundo, Abel y Caín: el Señor aceptó las ofrendas de Abel y no aceptó las de Caín. Y el que hubiera debido imitar la virtud, no sólo no lo hizo, sino que mató bien pronto a aquel, cuyas ofrendas había aceptado el Señor.

(Comentario al Evangelio de San Marcos)

FRANCISCO – Ángelus 2015 y 2018 - Homilías en Santa Marta (3.IX.13 y 11.X.13)

Ángelus 2015

El Evangelio cambia el corazón, cambia la vida

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

¹⁵ Mc 1, 26

¹⁶ Ibíd.

¹⁷ Mc 1, 27

¹⁸ Ex 8, 19

¹⁹ Hch 16, 18

²⁰ Mc 1, 27

²¹ Cf. Jerón. In Matth, 12, 27

²² Mc 1, 27

²³ Mc 1, 28

²⁴ Mt 27, 18

El pasaje evangélico de este domingo (cf. *Mc* 1, 21-28) presenta a Jesús que, con su pequeña comunidad de discípulos, entra en Cafarnaún, la ciudad donde vivía Pedro y que en esa época era la más grande de Galilea. Y Jesús entró en esa ciudad.

El evangelista san Marcos relata que Jesús, al ser sábado, fue inmediatamente a la sinagoga y comenzó a enseñar (cf. v. 21). Esto hace pensar en el primado de la Palabra de Dios, Palabra que se debe escuchar, Palabra que se debe acoger, Palabra que se debe anunciar. Al llegar a Cafarnaún, Jesús no posterga el anuncio del Evangelio, no piensa en primer lugar en la ubicación logística, ciertamente necesaria, de su pequeña comunidad, no se demora con la organización. Su preocupación principal es comunicar la Palabra de Dios con la fuerza del Espíritu Santo. Y la gente en la sinagoga queda admirada, porque Jesús «les enseñaba con autoridad y no como los escribas» (v. 22).

¿Qué significa «con autoridad»? Quiere decir que en las palabras humanas de Jesús se percibía toda la fuerza de la Palabra de Dios, se percibía la autoridad misma de Dios, inspirador de las Sagradas Escrituras. Y una de las características de la Palabra de Dios es que realiza lo que dice. Porque la Palabra de Dios corresponde a su voluntad. En cambio, nosotros, a menudo, pronunciamos palabras vacías, sin raíz o palabras superfluas, palabras que no corresponden con la verdad. En cambio, la Palabra de Dios corresponde a la verdad, está unida a su voluntad y realiza lo que dice. En efecto, Jesús, tras predicar, muestra inmediatamente su autoridad liberando a un hombre, presente en la sinagoga, que estaba poseído por el demonio (cf. *Mc* 1, 23-26). Precisamente la autoridad divina de Cristo había suscitado la reacción de Satanás, oculto en ese hombre; Jesús, a su vez, reconoció inmediatamente la voz del maligno y le «ordenó severamente: “Cállate y sal de él”» (v. 25). Con la sola fuerza de su palabra, Jesús libera a la persona del maligno. Y una vez más los presentes quedan asombrados: «Incluso manda a los espíritus inmundos y le obedecen» (v. 27). La Palabra de Dios crea asombro en nosotros. Tiene el poder de asombrarnos.

El Evangelio es palabra de vida: no oprime a las personas, al contrario, libera a quienes son esclavos de muchos espíritus malignos de este mundo: el espíritu de la vanidad, el apego al dinero, el orgullo, la sensualidad... El Evangelio cambia el corazón, cambia la vida, transforma las inclinaciones al mal en propósitos de bien. El Evangelio es capaz de cambiar a las personas. Por lo tanto, es tarea de los cristianos difundir por doquier la fuerza redentora, convirtiéndose en misioneros y heraldos de la Palabra de Dios. Nos lo sugiere también el pasaje de hoy que concluye con una apertura misionera y dice así: «Su fama —la fama de Jesús— se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea» (v. 28). La nueva doctrina enseñada con autoridad por Jesús es la que la Iglesia lleva al mundo, juntamente con los signos eficaces de su presencia: la enseñanza autorizada y la acción liberadora del Hijo de Dios se convierten en palabras de salvación y gestos de amor de la Iglesia misionera. Recordad siempre que el Evangelio tiene la fuerza de cambiar la vida. No os olvidéis de esto. Se trata de la Buena Noticia, que nos transforma sólo cuando nos dejamos transformar por ella. Por eso os pido siempre tener un contacto cotidiano con el Evangelio, leerlo cada día, un trozo, un pasaje, meditarlo y también llevarlo con vosotros adondequiera que vayáis: en el bolsillo, en la cartera... Es decir, nutrirse cada día en esta fuente inagotable de salvación. ¡No os olvidéis! Leed un pasaje del Evangelio cada día. Es la fuerza que nos cambia, que nos transforma: cambia la vida, cambia el corazón.

Invoquemos la maternal intercesión de la Virgen María, quien acogió la Palabra y la engendró para el mundo, para todos los hombres. Que ella nos enseñe a ser oyentes asiduos y anunciadores autorizados del Evangelio de Jesús.

Ángelus 2018

Jesús es nuestro Maestro, poderoso en palabras y obras

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

El Evangelio de este domingo (cf. *Marcos* 1, 21-28) forma parte de la narración más amplia conocida como la «jornada de Cafarnaún». En el centro del pasaje de hoy está el evento del exorcismo, a través del cual Jesús es presentado como profeta poderoso en palabras y en obras.

Él entra en la sinagoga de Cafarnaún en sábado y se pone a enseñar; las personas permanecen sorprendidas por sus palabras, porque no son palabras comunes, no se parecen a lo que escuchan normalmente. Los escribas, de hecho, enseñan, pero sin tener una autoridad propia. Y Jesús enseña con autoridad. Jesús, sin embargo, enseña como uno que tiene autoridad, revelándose así como el Enviado de Dios, y no como un simple hombre que debe fundar la propia enseñanza solo sobre las tradiciones precedentes. Jesús tiene una autoridad plena. Su doctrina es nueva y el Evangelio dice que la gente comentaba: «Una doctrina nueva, expuesta con autoridad» (v. 27).

Al mismo tiempo, Jesús se revela poderoso también en las obras. En la sinagoga de Cafarnaún hay un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se manifiesta gritando estas palabras: «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios» (v. 24). El diablo dice la verdad: Jesús ha venido para destruir al diablo, para destruir al demonio, para vencerlo. Este espíritu inmundo conoce el poder de Jesús y proclama también la santidad. Jesús lo grita, diciéndole: «Cállate y sale de él» (v. 25). Estas pocas palabras de Jesús bastan para obtener la victoria de Satanás, el cual sale de ese hombre «agitándole violentamente», dice el Evangelio (v. 26).

Este hecho impresiona mucho a los presentes; todos se quedaron pasmados y se preguntan: «¿Qué es esto? [...] Manda hasta a los espíritus inmundos y le obedecen» (v. 27). El poder de Jesús confirma la autoridad de su enseñanza. Él no pronuncia solo palabras, sino que actúa. Así manifiesta el proyecto de Dios con las palabras y con el poder de las obras. En el Evangelio, de hecho, vemos que Jesús, en su misión terrena, revela el amor de Dios tanto con la predicación como con innumerables gestos de atención y socorro a los enfermos, a los necesitados, a los niños, a los pecadores. Jesús es nuestro Maestro, poderoso en palabras y obras. Jesús nos comunica toda la luz que ilumina las calles, a veces oscuras, de nuestra existencia; nos comunica también la fuerza necesaria para superar las dificultades, las pruebas, las tentaciones. ¡Pensemos en la gran gracia que es para nosotros haber conocido a este Dios tan poderoso y bueno! Un maestro y un amigo, que nos indica el camino y nos cuida, especialmente cuando lo necesitamos.

Que la Virgen María, mujer de escucha, nos ayude a hacer silencio alrededor y dentro de nosotros, para escuchar, en el estruendo de los mensajes del mundo, la palabra con más autoridad que hay: la de su Hijo Jesús, que anuncia el sentido de nuestra existencia y nos libera de toda esclavitud, también de la del Maligno.

Homilía 3.IX.13

Una luz humilde y llena de amor

La humildad, la mansedumbre, el amor, la experiencia de la cruz, son los medios a través de los cuales el Señor derrota el mal. Y la luz que Jesús ha traído al mundo vence la ceguera del hombre, a menudo deslumbrado por la falsa luz del mundo, más potente, pero engañosa. Nos

corresponde a nosotros discernir qué luz viene de Dios. Es éste el sentido de la reflexión propuesta por el Papa Francisco durante la misa del martes 3 de septiembre.

Comentando la primera lectura, el Santo Padre se detuvo en la “hermosa palabra” que san Pablo dirige a los Tesalonicenses: “Vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas... sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas” (1Ts 5, 1-6, 9-11).

Está claro –explicó el Papa– lo que quiere decir el apóstol: “la identidad cristiana es identidad de la luz, no de las tinieblas”. Y Jesús trajo esta luz al mundo. “San Juan en el primer capítulo de su Evangelio, nos dice que “la luz vino al mundo”, Él, Jesús”. Una luz que “no ha sido bien querida por el mundo”, pero que sin embargo “nos salva de las tinieblas, de las tinieblas del pecado”. Hoy se piensa que es posible obtener esta luz que rasga las tinieblas a través de tantos hallazgos científicos y otras invenciones del hombre, gracias a los cuales “se puede conocer todo, se puede tener ciencia de todo”. Pero “la luz de Jesús es otra cosa. No es una luz de ignorancia, ¡no, no! Es una luz de sabiduría, de prudencia; pero es otra cosa. La luz que nos ofrece el mundo es una luz artificial. Tal vez fuerte, más fuerte que la de Jesús, ¿eh? Fuerte como un fuego artificial, como un flash de fotografía. En cambio, la luz de Jesús es una luz mansa, es una luz tranquila, es una luz de paz. Es como la luz de la noche de Navidad: sin pretensiones. Es así: se ofrece y da paz. La luz de Jesús no da espectáculo; es una luz que llega al corazón. Es verdad que el diablo, y esto lo dice san Pablo, muchas veces viene disfrazado de ángel de luz. Le gusta imitar la luz de Jesús. Se hace bueno y nos habla así, tranquilamente, como habló a Jesús tras el ayuno en el desierto: “si tú eres el hijo de Dios haz este milagro, arrójate del templo”, ¡hace espectáculo! Y lo dice de manera tranquila” y por ello engañosa.

Por ello el Papa Francisco recomendó “pedir mucho al Señor la sabiduría del discernimiento para reconocer cuándo es Jesús quien nos da la luz y cuándo es precisamente el demonio disfrazado de ángel de luz. ¡Cuántos creen vivir en la luz, pero están en las tinieblas y no se dan cuenta!”.

¿Pero cómo es la luz que nos ofrece Jesús? “Podemos reconocerla porque es una luz humilde. No es una luz que se impone, es humilde. Es una luz apacible, con la fuerza de la mansedumbre; es una luz que habla al corazón y es también una luz que ofrece la cruz. Si nosotros, en nuestra luz interior, somos hombres mansos, oímos la voz de Jesús en el corazón y contemplamos sin miedo la cruz en la luz de Jesús”. Pero si, al contrario, nos dejamos deslumbrar por una luz que nos hace sentir seguros, orgullosos y nos lleva a mirar a los demás desde arriba, a desdeñarles con soberbia, ciertamente no nos hallamos en presencia de la “luz de Jesús”. Es en cambio “luz del diablo disfrazado de Jesús, de ángel de luz. Debemos distinguir siempre: donde está Jesús hay siempre humildad, mansedumbre, amor y cruz. Jamás encontraremos, en efecto, a Jesús sin humildad, sin mansedumbre, sin amor y sin cruz”. Él hizo el primero este camino de luz. Debemos ir tras Él sin miedo, porque “Jesús tiene la fuerza y la autoridad para darnos esta luz”. Una fuerza descrita en el pasaje del Evangelio de la liturgia del día, en el que Lucas narra el episodio de la expulsión, en Cafarnaún, del demonio del hombre poseído (cf. Lc 4, 16-30). “La gente era presa del temor y, dice el Evangelio, se preguntaba: “¿qué clase de palabra es ésta? Pues da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen”. Jesús no necesita un ejército para expulsar los demonios, no necesita soberbia, no necesita fuerza, orgullo”. ¿Cuál es esta palabra que “da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen?”, se preguntó el Pontífice. “Es una palabra humilde, mansa, con mucho amor”. Es una palabra que nos acompaña en los momentos de sufrimiento, que nos acercan a la cruz de Jesús. “Pidamos al Señor que nos dé hoy la gracia de su luz y nos enseñe a distinguir cuándo la luz es su luz y cuándo es una luz artificial hecha por el enemigo para engañarnos”.

Homilía 11.X.13

Cómo se vence al demonio

“Por favor, no hagamos tratos con el demonio” y tomemos en serio los peligros que se derivan de su presencia en el mundo. Lo recomendó el Papa Francisco el viernes 11 de octubre por la mañana, en su homilía en la misa en Santa Marta. “La presencia del demonio está en la primera página de la Biblia y la Biblia acaba también con la presencia del demonio, con la victoria de Dios sobre el demonio”. Pero éste vuelve siempre con sus tentaciones. Nos corresponde a nosotros “no ser ingenuos”.

El Pontífice comentó el episodio en el que Lucas (Lc 11, 15-26) cuenta de Jesús que expulsa a los demonios. El evangelista refiere también los comentarios de cuantos asisten perplejos y acusan a Jesús de magia o, como mucho, le reconocen que es sólo un sanador de personas afectadas por epilepsia. También hoy “hay sacerdotes que cuando leen este pasaje y otros pasajes del Evangelio, dicen: Jesús curó a una persona de una enfermedad psíquica”. Ciertamente “es verdad que en aquel tiempo se podía confundir la epilepsia con la posesión del demonio, pero también es verdad que estaba el demonio. Y nosotros no tenemos derecho a hacer el asunto tan sencillo”, liquidándolo como si se tratara de enfermos psíquicos y no de endemoniados.

Volviendo al Evangelio, el Papa observó que Jesús nos ofrece algunos criterios para entender esta presencia y reaccionar. “¿Cómo ir por nuestro camino cristiano cuando existen las tentaciones? ¿Cuándo entra el diablo para turbarnos?”. El primero de los criterios sugeridos por el pasaje evangélico “es que no se puede obtener la victoria de Jesús sobre el mal, sobre el diablo, a medias”. Para explicarlo, el Santo Padre citó las palabras de Jesús referidas por Lucas: “El que no está conmigo, está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama”. Y refiriéndose a la acción de Jesús respecto a los poseídos por el diablo, dijo que se trata sólo de una pequeña parte “de lo que vino a hacer por toda la humanidad”: destruir la obra del diablo para liberarnos de su esclavitud.

No se puede seguir creyendo que sea una exageración: “O estás con Jesús o estás contra Jesús. Y sobre este punto no hay matices. Hay una lucha, una lucha en la que está en juego la salvación eterna de todos nosotros”. Y no hay alternativas, aunque a veces oigamos “algunas propuestas pastorales” que parecen más acomodadoras. “¡No! O estás con Jesús o estás en contra. Esto es así. Y éste es uno de los criterios”.

Último criterio es el de la vigilancia. “Debemos siempre velar, velar contra el engaño, contra la seducción del maligno”. Y volvió a citar el Evangelio: “Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Y nosotros podemos hacernos la pregunta: ¿yo vigilo sobre mí? ¿Sobre mi corazón? ¿Sobre mis sentimientos? ¿Sobre mis pensamientos? ¿Custodio el tesoro de la gracia? ¿Custodio la presencia del Espíritu Santo en mí?”. Si no se custodia “llega otro que es más fuerte y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte su botín”.

Son estos, por lo tanto, los criterios para responder a los desafíos planteados por la presencia del diablo en el mundo: la certeza de que “Jesús lucha contra el diablo”; “quien no está con Jesús está contra Jesús”; y “la vigilancia”. Hay que tener presente que “el demonio es astuto: jamás es expulsado para siempre, sólo lo será el último día”. Porque cuando “el espíritu inmundo sale del hombre da vueltas por lugares áridos, buscando un sitio para descansar, y al no encontrarlo dice: volveré a mi casa de donde salí. Al volver se la encuentra barrida y arreglada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él y se mete a vivir allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que el principio”.

He aquí por qué es necesario velar. “Su estrategia es ésta: tú te has hecho cristiano, vas adelante con tu fe, y yo te dejo, te dejo tranquilo. Pero después, cuando te has acostumbrado y no estás muy alerta y te sientes seguro, yo vuelvo. El Evangelio de hoy comienza con el demonio expulsado y acaba con el demonio que vuelve. San Pedro lo decía: es como un león feroz que ronda a nuestro alrededor”. Y esto no son mentiras: “es la Palabra del Señor”.

“Pidamos al Señor la gracia de tomar en serio estas cosas. Él ha venido a luchar por nuestra salvación, Él ha vencido al demonio”.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2009 y 2012

2009

El “secreto” de la identidad de Jesús

Queridos hermanos y hermanas:

Este año, en las celebraciones dominicales, la liturgia propone a nuestra meditación el evangelio de san Marcos, una de cuyas características es el así llamado “secreto mesiánico”, es decir, el hecho de que Jesús no quiere que por el momento se sepa, fuera del grupo restringido de sus discípulos, que él es el Cristo, el Hijo de Dios. Por eso, en varias ocasiones, tanto a los Apóstoles como a los enfermos que cura, les advierte de que no revelen a nadie su identidad.

Por ejemplo, el pasaje evangélico de este domingo (*Mc* 1, 21-28) habla de un hombre poseído por el demonio, que repentinamente se pone a gritar: “¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios”. Y Jesús le ordena: “Cállate y sal de él”. E inmediatamente —constata el evangelista— el espíritu maligno, con gritos desgarradores, salió de aquel hombre.

Jesús no sólo expulsa los demonios de las personas, liberándolas de la peor esclavitud, sino que también impide a los demonios mismos que revelen su identidad. E insiste en este “secreto”, porque está en juego el éxito de su misma misión, de la que depende nuestra salvación. En efecto, sabe que para liberar a la humanidad del dominio del pecado deberá ser sacrificado en la cruz como verdadero Cordero pascual. El diablo, por su parte, trata de distraerlo para desviarlo, en cambio, hacia la lógica humana de un Mesías poderoso y lleno de éxito. La cruz de Cristo será la ruina del demonio; y por eso Jesús no deja de enseñar a sus discípulos que, para entrar en su gloria, *debe* padecer mucho, ser rechazado, condenado y crucificado (cf. *Lc* 24, 26), pues el sufrimiento forma parte integrante de su misión.

Jesús sufre y muere en la cruz por amor. De este modo, bien considerado, ha dado sentido a nuestro sufrimiento, un sentido que muchos hombres y mujeres de todas las épocas han comprendido y hecho suyo, experimentando profunda serenidad incluso en la amargura de duras pruebas físicas y morales. Y precisamente “la fuerza de la vida en el sufrimiento” es el tema que los obispos italianos han elegido para su tradicional Mensaje con ocasión de esta Jornada por la vida. Me uno de corazón a sus palabras, en las que se percibe el amor de los pastores por la gente y la valentía de anunciar la verdad, la valentía de decir con claridad, por ejemplo, que la eutanasia es una falsa solución para el drama del sufrimiento, una solución que no es digna del hombre. En efecto, la verdadera respuesta no puede ser provocar la muerte, por “dulce” que sea, sino testimoniar el amor que ayuda a afrontar de modo humano el dolor y la agonía. Estemos seguros de que ninguna lágrima, ni de quien sufre ni de quien está a su lado, se pierde delante de Dios.

La Virgen María guardó en su corazón de madre el secreto de su Hijo y compartió con él la hora dolorosa de la pasión y la crucifixión, sostenida por la esperanza de la resurrección. A ella le encomendamos a las personas que sufren y a quienes se esfuerzan cada día por sostenerlas, sirviendo a la vida en cada una de sus fases: padres, profesionales de la salud, sacerdotes, religiosos, investigadores, voluntarios y muchos otros más. Oramos por todos.

2012

La autoridad significa servicio

¡Queridos hermanos y hermanas!

El Evangelio de este domingo (Mc 1,21-28) nos presenta a Jesús que, en el sábado, predica en la sinagoga de Cafarnaún, la pequeña ciudad sobre el lago de Galilea donde habitaban Pedro y su hermano Andrés. A su enseñanza, que despierta la admiración de la gente, sigue la liberación de “un hombre poseído por un espíritu inmundo” (v. 23), que reconoce en Jesús “al santo de Dios”, es decir al Mesías. En poco tiempo, su fama se extendió por toda la región, que Él recorre anunciando el Reino de Dios y curando a los enfermos de todo tipo: palabra y acción. San Juan Crisóstomo nos hace ver cómo el Señor “alterna el discurso en beneficio de los oyentes, en un proceso que va de los prodigios a las palabras y pasando de nuevo de la enseñanza de su doctrina a los milagros” (*Hom. in Matthæum* 25, 1: PG 57, 328).

La palabra que Jesús dirige a los hombres abre inmediatamente el acceso a la voluntad del Padre y a la verdad propia. No les sucedía así, sin embargo, a los escribas, que debían esforzarse en interpretar las Sagradas Escrituras con innumerables reflexiones. Además, a la eficacia de la palabra, Jesús unía la de los signos de liberación del mal. San Atanasio observa que “mandar sobre los demonios y expulsarlos no es obra humana sino divina”; de hecho, el Señor “alejaba de los hombres todos los males y las enfermedades. ¿Quién, viendo su poder... hubiera podido aún dudar que Él fuese el Hijo, la sabiduría y la potencia de Dios?” (*Oratio de Incarnatione Verbi* 18.19: PG 25, 128 BC.129 B). La autoridad divina no es una fuerza de la naturaleza. Es el poder del amor de Dios que crea el universo y, encarnándose en el Hijo unigénito, abajándose a nuestra humanidad, sana al mundo corrompido por el pecado. Romano Guardini escribe: “Toda la vida de Jesús es una traducción del poder en la humildad... es la soberanía que se abaja a la forma de siervo” (*Il Potere*, Brescia 1999, 141.142).

A menudo, para el hombre la autoridad significa posesión, poder, dominio, éxito. Para Dios, en cambio, la autoridad significa servicio, humildad, amor; significa entrar en la lógica de Jesús que se inclina para lavar los pies de los discípulos (cf. Jn. 13,5), que busca el verdadero bien del hombre, que cura las heridas, que es capaz de un amor tan grande como para dar la vida, porque es Amor. En una de sus Cartas, Santa Catalina de Siena dice: “Es necesario que veamos y conozcamos, en realidad, con la luz de la fe, que Dios es el amor supremo y eterno, y no se puede desear otra cosa que no sea nuestro bien” (*Ep. 13 en: Le Lettere*, vol. 3, Bologna 1999, 206.).

Queridos amigos, el próximo 2 de febrero, celebraremos la fiesta de la Presentación del Señor en el Templo y la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Invoquemos con confianza a María Santísima, para que guíe nuestros corazones a alimentarse siempre de la misericordia divina, que libera y sana nuestra humanidad, colmándola de toda gracia y benevolencia con el poder del amor.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Jesús acompaña sus palabras con los milagros

547. Jesús acompaña sus palabras con numerosos “milagros, prodigios y signos” (Hch 2, 22) que manifiestan que el Reino está presente en El. Ellos atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado (cf. Lc 7, 18-23).

548. Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. Jn 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. Mc 5, 25-34; 10, 52; etc.). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquél que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. Jn 10, 31-38). Pero también pueden ser “ocasión de escándalo” (Mt 11, 6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos (cf. Jn 11, 47-48); incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (cf. Mc 3, 22).

549. Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. Lc 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

550. La venida del Reino de Dios es la derrota del reino de Satanás (cf. Mt 12, 26): “Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Mt 12, 28). Los exorcismos de Jesús liberan a los hombres del dominio de los demonios (cf. Lc 8, 26-39). Anticipan la gran victoria de Jesús sobre “el príncipe de este mundo” (Jn 12, 31). Por la Cruz de Cristo será definitivamente establecido el Reino de Dios: “Regnavit a ligno Deus” (“Dios reinó desde el madero de la Cruz”, himno “Vexilla Regis”).

El poder de Jesús sobre los demonios

438. La consagración mesiánica de Jesús manifiesta su misión divina. “Por otra parte eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de Cristo está sobre entendido El que ha ungido, El que ha sido ungido y la Unción misma con la que ha sido ungido: El que ha ungido, es el Padre. El que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción” (S. Ireneo de Lyon, haer. 3, 18, 3). Su eterna consagración mesiánica fue revelada en el tiempo de su vida terrena en el momento de su bautismo por Juan cuando “Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder”(Hch 10, 38) “para que él fuese manifestado a Israel” (Jn 1, 31) como su Mesías. Sus obras y sus palabras lo dieron a conocer como “el santo de Dios” (Mc 1, 24; Jn 6, 69; Hch 3, 14).

447. El mismo Jesús se atribuye de forma velada este título cuando discute con los fariseos sobre el sentido del Salmo 109 (cf. Mt 22, 41-46; cf. también Hch 2, 34-36; Hb 1, 13), pero también de manera explícita al dirigirse a sus apóstoles (cf. Jn 13, 13). A lo largo de toda su vida pública sus actos de dominio sobre la naturaleza, sobre las enfermedades, sobre los demonios, sobre la muerte y el pecado, demostraban su soberanía divina.

La función de Profeta

64. Por los profetas, Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres (cf. Is 2,2-4), y que será grabada en los

corazones (cf. Jr 31,31-34; Hb 10,16). Los profetas anuncian una redención radical del pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades (cf. Ez 36), una salvación que incluirá a todas las naciones (cf. Is 49,5-6; 53,11). Serán sobre todo los pobres y los humildes del Señor (cf. So 2,3) quienes mantendrán esta esperanza. Las mujeres santas como Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit y Ester conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel. De ellas la figura más pura es María (cf. Lc 1,38).

762. La preparación lejana de la reunión del pueblo de Dios comienza con la vocación de Abraham, a quien Dios promete que llegará a ser Padre de un gran pueblo (cf Gn 12, 2; 15, 5-6). La preparación inmediata comienza con la elección de Israel como pueblo de Dios (cf Ex 19, 5-6; Dt 7, 6). Por su elección, Israel debe ser el signo de la reunión futura de todas las naciones (cf Is 2, 2-5; Mi 4, 1-4). Pero ya los profetas acusan a Israel de haber roto la alianza y haberse comportado como una prostituta (cf Os 1; Is 1, 2-4; Jr 2; etc.). Anuncian, pues, una Alianza nueva y eterna (cf. Jr 31, 31-34; Is 55, 3). “Jesús instituyó esta nueva alianza” (LG 9).

2595. Los profetas llaman a la conversión del corazón y, buscando siempre el rostro de Dios, como Elías, interceden por el pueblo.

La virginidad por el Reino de Dios

922. Desde los tiempos apostólicos, vírgenes (Cf. 1 Co 7, 34-36) y viudas cristianas (Cf. *Vita consecrata*, 7) llamadas por el Señor para consagrarse a Él enteramente (cf. 1 Co 7, 34-36) con una libertad mayor de corazón, de cuerpo y de espíritu, han tomado la decisión, aprobada por la Iglesia, de vivir en estado de virginidad o de castidad perpetua “a causa del Reino de los cielos” (Mt 19, 12).

1618. Cristo es el centro de toda vida cristiana. El vínculo con Él ocupa el primer lugar entre todos los demás vínculos, familiares o sociales (cf Lc 14,26; Mc 10,28-31). Desde los comienzos de la Iglesia ha habido hombres y mujeres que han renunciado al gran bien del matrimonio para seguir al Cordero dondequiera que vaya (cf Ap 14,4), para ocuparse de las cosas del Señor, para tratar de agradarle (cf 1 Co 7,32), para ir al encuentro del Esposo que viene (cf Mt 25,6). Cristo mismo invitó a algunos a seguirle en este modo de vida del que Él es el modelo:

Hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda (Mt 19,12).

1619. La virginidad por el Reino de los Cielos es un desarrollo de la gracia bautismal, un signo poderoso de la preeminencia del vínculo con Cristo, de la ardiente espera de su retorno, un signo que recuerda también que el matrimonio es una realidad que manifiesta el carácter pasajero de este mundo (cf 1 Co 7,31; Mc 12,25).

1620. Estas dos realidades, el sacramento del Matrimonio y la virginidad por el Reino de Dios, vienen del Señor mismo. Es él quien les da sentido y les concede la gracia indispensable para vivirlos conforme a su voluntad (cf Mt 19,3-12). La estima de la virginidad por el Reino (cf LG 42; PC 12; OT 10) y el sentido cristiano del Matrimonio son inseparables y se apoyan mutuamente:

Denigrar el matrimonio es reducir a la vez la gloria de la virginidad; elogiarlo es realzar a la vez la admiración que corresponde a la virginidad... (S. Juan Crisóstomo, virg. 10,1; cf FC, 16).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

El espíritu inmundo salió de él

Una de las primeras acciones que Jesús realiza, inmediatamente después de su bautismo en el Jordán, es arrojar al demonio de un hombre en la sinagoga de Cafarnaún. Leemos en el Evangelio de hoy:

«Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: “¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios”. Jesús lo increpó: “Cállate y sal de él”. El espíritu inmundo lo retorció y, dando un grito muy fuerte, salió».

En el Evangelio de Marcos este episodio representa casi como la inauguración de la actividad mesiánica de Cristo. La muchedumbre, impresionada, comenta: «¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen».

¿Qué pensar de éste y de tantos otros episodios análogos presentes en el Evangelio? De una manera más radical: ¿existen aún los «espíritus inmundos»? ¿Existe el demonio? Resumamos algún apunte sobre la situación actual acerca de la creencia en el demonio. A este respecto, debemos distinguir bien dos niveles: el nivel de las creencias populares y el nivel intelectual (literatura, filosofía y teología).

A nivel popular o de costumbres, nuestra situación actual no es muy distinta de la del medioevo o de los siglos XIV-XVI, tristemente famosos por la importancia atribuida a los fenómenos diabólicos. Es verdad, que ya no hay más procesos de la Inquisición, hogueras para endemoniados, caza de brujas y cosas semejantes; pero, las prácticas, que tienen en su centro al demonio, están aún más difundidas que entonces y no sólo entre guetos pobres y populares. Ha llegado a ser un fenómeno social (¡y comercial!) de proporciones vastísimas. Se diría, más bien, que cuanto más se intenta arrojar al demonio de la puerta, tanto más él vuelve a entrar por la ventana; cuanto más se prescinde de la fe, tanto más se desata la superstición.

Bien diferentemente están las cosas en el que he llamado el nivel intelectual y cultural. Desde este punto de vista, podemos resumir el proceso, que ha llevado a la situación actual en tres fases. El primer paso en el proceso de distanciamiento de la visión tradicional tiene lugar en el campo estético. El demonio, que había sido representado siempre más frecuentemente en las artes figurativas y en la poesía (por ejemplo, en Dante) como en clave grotesca o monstruosa, a partir de una cierta fecha comienza a ser representado como hermoso o, al menos, hipocondriaco y poético. A partir de Milton, el demonio asume un aspecto de decaída belleza.

Si en esta fase el enemigo comienza a llegar a ser «simpático», en la fase sucesiva, que tiene su cumbre en el Ochocientos, sin rodeos, las partes están invertidas: Satanás ya no es visto más como el «enemigo», sino como el aliado y el amigo, aquel que está de parte del hombre. El demonio viene equiparado a Prometeo, aquel que por el amor acarreado al hombre fue castigado por Dios y precipitado en la tierra. En este clima, se componen himnos y poemas para celebrar el rescate de Satanás.

Es necesario decir que en ello no todo era «diabólico», puro y simple satanismo. Había razones culturales y religiosas, que por lo menos habían facilitado esta involución. Como no todo el ateísmo en un examen atento parece «ateo», así no todo el satanismo parece satánico. Mucha parte del ateísmo no era negación del Dios viviente de la Biblia, sino del ídolo, que se había introducido en su lugar en muchos sectores del pensamiento y de la vida. Del mismo modo, mucha parte del satanismo no era por sí mismo culto del mal, sino de lo que, según los respectivos autores (y no siempre, a decir verdad, sin fundamento), la Iglesia condenaba como mal y como «diabólico»: la

ciencia, el espíritu crítico, el amor por la libertad y la democracia. Esto se percibe en los conocidos e ingenuos versos de Carducci: «Salud, oh Satanás, / oh rebelión, / oh fuerza vencedora / de la razón».

Llegamos así a la tercera fase, a la actual. Ésta se puede resumir así: silencio sobre el demonio. Un silencio, sin embargo, que no es laudable discreción sino negación. El enemigo ya no existe más. Mejor, existe; pero, se reduce a lo que san Pablo llamaba «la carne y la sangre» (1 Corintios 15,50); esto es, el simple mal, que el hombre lleva en sí mismo. El demonio es el símbolo del inconsciente colectivo o de la alienación colectiva, es una metáfora. El autor de la desmitificación, R. Bultmann, ha escrito: «No se puede usar la luz eléctrica y la radio, no se puede recurrir en caso de enfermedad a medios médicos y clínicos y, al mismo tiempo, creer en el mundo de los espíritus».

Hay que preguntarse: ¿por qué muchos intelectuales, hasta entre los teólogos, encuentran imposible creer hoy en la existencia del demonio como entidad no sólo simbólica sino real y personal? Yo creo que uno de los motivos principales es éste: se busca al demonio en los libros, mientras que al demonio no le interesan los libros, sino las almas, y no se le encuentra frecuentando los institutos universitarios, las bibliotecas y las academias, sino precisamente las almas.

Los que relatan los fenómenos tradicionalmente considerados como diabólicos (posesión, pactos con el diablo, caza de brujas...) para concluir, después, triunfalmente que todo es superstición y que el demonio no existe, se parecen a aquel astronauta soviético que llegaba a la conclusión de que Dios no existe, porque él había dado muchas vueltas a lo largo y ancho de los cielos y no lo había encontrado en ninguna parte. Ambos han buscado desde la parte equivocada.

Otro equívoco viene mencionado en este campo. Se discute entre teólogos y hombres de cultura ateos sobre la existencia de Satanás, como si fuese una base común para el diálogo. No se tiene en cuenta que una cultura «laica», que se declara no creyente, no puede creer en la existencia del demonio; es más, está bien que no crea. Sería trágico que se creyese en la existencia del demonio, cuando no se cree en la existencia de Dios. Entonces, sí que sería para desesperarnos. ¿Qué puede saber sobre Satanás quien ha tenido que actuar siempre y sólo, no con su realidad sino con la idea y las representaciones o las tradiciones etnológicas sobre él? Estos, los que así piensan, suelen tratar este argumento con gran seguridad y superioridad y liquidarlo todo con la etiqueta de «oscurantismo medieval». Pero, es una seguridad sin fundamento, como la de quien se vanagloriase de no tener miedo al león sólo porque lo ha visto muchas veces pintado o en fotografía y nunca se ha asustado de él.

Algunos interpretan una línea de mayor discreción, adoptada por el magisterio en este campo, como una prueba de que también la Iglesia ha renunciado a la creencia en el demonio o que, al menos, no sabe bien qué hacer sobre este punto de su doctrina. Pero, no es verdad. Pablo VI ha reafirmado con fuerza la doctrina bíblica y tradicional en torno a este «agente oscuro y enemigo, que es el demonio». Escribe entre otras cosas: «El mal ya no es más solamente una carencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y perverso. Terrible realidad. Misteriosa y de miedo».

Además, en este campo todavía la desmitificación no ha pasado en vano sin acarrear también frutos positivos. En el pasado, con el pretexto de combatirlo, frecuentemente se había exagerado al hablar del demonio, se había visto allí donde no estaba, se han cometido muchos errores e injusticias; es necesaria mucha discreción y prudencia para no caer precisamente en el juego del enemigo. Ver al demonio en todas partes no es menos erróneo que no verlo en ninguna. Decía Agustín: «Cuando viene acusado, el diablo goza. Sin más, quiere que tú le acuses, acepta voluntariamente cada reprimenda tuya, si esto sirve para que dejes de hacer tu confesión» (*Sermones* 20,2).

Se entiende, por lo tanto, la prudencia de la Iglesia en intimidar la práctica indiscriminada del exorcismo por parte de personas, que no han recibido ningún mandato para ejercer este ministerio. Los Hechos de los apóstoles nos refieren un episodio instructivo a este respecto:

«Algunos exorcistas judíos ambulantes intentaron también invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que temen espíritus malos, y decían: “Os conjuro por Jesús a quien predica Pablo”. Eran siete hijos de un tal Esceva, sumo sacerdote judío, los que hacían esto. Pero el espíritu malo les respondió: “A Jesús le conozco y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?”» (19, 13-15).

Los desconfiados, en aquella ocasión, debieron huir desnudos y cubiertos de heridas por la violenta reacción del hombre, al que querían liberar del demonio. No hablemos después de los que hacen del exorcismo una de tantas prácticas de despilfarro, que se vanaglorian de quitar «hechizos, mal de ojo, negaciones malignas sobre personas, casos, negocios, actividades comerciales» (todas las cosas, que se leen en los anuncios de estas actividades, hoy muy florecientes). Asombra cómo en una sociedad como la nuestra, tan atenta a los fraudes comerciales y dispuesta a denunciar los casos de aplaudidos créditos y abusos en el ejercicio de la profesión, se hallen tantas personas dispuestas a beberse patrañas como éstas.

Cierto, la jerarquía de la Iglesia no debiera limitarse sólo a desalentar los exorcismos fáciles; debiera designar ella misma, allí donde se manifieste la necesidad, a personas maduras y preparadas, también psicológicamente, para que continúen el oficio mesiánico de Jesús de arrojar a los demonios. Además, cuando no se trata de verdaderas posesiones diabólicas, hay personas que tienen necesidad de alguien, que en nombre de la misericordia de Cristo se tome el cuidado de ellos, después de que han estado «aligerados» por todos, médicos y psicólogos comprendidos.

Antes aún que el día en que Jesús dijese algo en la sinagoga de Cafarnaún, el espíritu inmundo se sintió ya despedido y obligado a venir desenmascarado. Era la «santidad» de Jesús la que afloraba «insostenible» al espíritu inmundo; por lo que se pone a gritar: «¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios». El cristiano, que vive en gracia y es templo del Espíritu Santo, lleva en sí algo de esta santidad de Cristo y es precisamente ella la que realiza, en los ambientes en que vive, un silencioso y eficaz exorcismo.

Éste se realiza sobre todo en la Eucaristía. «El cristiano que vuelve de la mesa eucarística, decía san Juan Crisóstomo, se asemeja a un león, que presenta llamas de fuego por la boca; su vista es insoportable al demonio».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

El poder de la Palabra de Dios

Jesús es el Verbo encarnado, la Palabra de Dios. Hasta los demonios lo reconocen y tiemblan. Él es el Hijo único de Dios, y tiene el poder de Dios para crear y destruir, para atar y desatar, para expulsar demonios, para sanar, para perdonar los pecados, para alimentar, enseñar y dar vida a los hombres. Él es el Camino, la Verdad y la Vida.

Su Palabra es veraz. Todo aquel que escucha la Palabra de Dios, recibe a Cristo y al Espíritu Santo, que ilumina las mentes de los hombres y abre los corazones, para que la entiendan y la aprovechen.

La Palabra de Dios es como una espada de dos filos, que penetra en los corazones y discierne pensamientos e intenciones, transforma, santifica y salva. Toda Palabra que sale de la boca de Dios da fruto, no regresa a Él vacía. La Palabra está viva, y a quien la pone en práctica lo justifica.

Escucha la Palabra de Dios a través de las Escrituras, y recibe la gracia que necesitas, para transformar tu corazón de piedra en corazón de carne y volver al Corazón de Dios.

Medítala y practícala haciendo lo que el Señor te diga, porque es actual y se aplica cada instante de tu vida. Y si algo no entendieras, acude a la sabiduría de los sacerdotes que tienen el don de Dios para enseñarte, para guiarte, para explicarte lo que la Palabra quiere decirle a tu corazón.

Aprende bien la lección y luego enséñala a los demás, porque recibir un tesoro sagrado es un compromiso, una responsabilidad, y debes compartirla para que también otros como tú escuchen a Cristo, conozcan a Cristo y amen a Cristo.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Vida de fe

Nos ofrece hoy la liturgia de la Iglesia, una vez más, uno de tantos milagros de Nuestro Señor. Y nos quedamos entre admirados, maravillados y perplejos ante ese poder tan inaudito, pero, por otra parte, tan habitual en la vida del Señor. Si algo es famoso y universalmente conocido de la vida de Jesús de Nazaret, es su capacidad de hacer el bien para los hombres. Pero no solamente el bien a toda hora en favor nuestro, incluso a costa de su vida, como en la Pasión. Nos favorece también con su capacidad absoluta para lo que nosotros no podríamos, por grande que fuera nuestro empeño. Jesús hace prodigios: su poder nos admira, porque es omnipotente. En el Señor observamos siempre una perfecta armonía entre sus deseos, por imposibles que nos resulten, y su poder. Y hasta tal punto, que nunca es su capacidad algo que matice o condicione su querer, como nos sucede habitualmente a los simples hombres. Siendo también Dios, su querer siempre se cumple, su poder realiza todo su querer.

Jesucristo obra numerosos milagros ante los hombres, pero no, ciertamente, para hacer un alarde y admirarnos con ellos, como si se enriqueciera de algún modo con algo nuestro. Ninguna necesidad tiene del reconocimiento del hombre, habiéndose encarnado sólo para nuestro provecho, por amor. Con los milagros Jesucristo manifiesta su trascendencia, de modo que viéndole como hombre le reconozcamos también como Dios. Nos muestra así el amor de Dios por el hombre.

Con el milagro que hoy recordamos, manifiesta Jesús su poder sobre el demonio que poseía a aquel hombre de la sinagoga: **Manda incluso a los espíritus inmundos y le obedecen**, reconocen todos. Era notorio para la gente que algún espíritu inmundo dominaba a uno de sus paisanos en Cafarnaun, y que ninguno de ellos podría obligar al demonio a salir. Sin embargo, muchos de ellos, aún después de ver el milagro, no le aceptan como Dios, que es Señor de cuanto existe y domina sobre todo espíritu, sino que llegan a decir que expulsa a los demonios **con el poder del príncipe de los demonios**. Como si satanás, que siempre quiere dañarnos, pudiera actuar en favor nuestro.

Es innegable, hoy como hace dos mil años, la existencia de un poder en el mundo trascendente a los hombres. Son numerosos los fenómenos que no podemos explicar, que exceden con mucho a nuestra capacidad y que, desde luego, son efectos que reclaman su causa. Jesucristo se nos presenta como el Hijo de Dios que tomó nuestra carne y que, con su venida al mundo, se hizo imprescindible para toda vida verdaderamente humana: para la vida en Dios que quiso el Creador para nosotros. El Evangelio, pues, ese divino mensaje para los hombres que incluye la Redención,

nos enseña una conducta de fe: que aceptemos como Dios a Jesucristo. El Hijo de Dios encarnado – nos dice el Evangelio–, por voluntad de Dios y para la liberación del hombre del pecado y de la muerte, se ha hecho imprescindible para una existencia humana digna. No nos basta con nuestros medios, con nuestro solo esfuerzo, no son suficientes nuestras capacidades heroicamente ejercidas. No saldríamos con todo eso de nosotros mismos y llegaríamos, todo lo más, a ser hombres perfectos, pero intrascendentes, no saldríamos de los límites de este mundo. El hombre de suyo aspira a la trascendencia, tenemos anhelo de infinitud y, por tanto, necesitamos la fe. Jesucristo es la respuesta a ese misterio humano.

También en nuestros días, como hace dos mil años, es necesario que muchos se asombren, que nos asombremos aún más, del poder de Dios. Posiblemente nos acostumbremos demasiado a lo extraordinario. Nos parece sin mayor importancia porque es habitual convivir a diario con lo que nos supera absolutamente. Sin embargo, no es razonable pasar con indiferencia sobre acontecimientos que debían llenarnos de asombro, aunque nos sucedan todos los días: el misterio de la vida, de la inteligencia, de la libertad... En todo caso, también hoy se dan fenómenos milagrosos, como en tiempos de aquel endemoniado y como en todo tiempo. Contamos con abundantes pruebas de ellos, que son innegables ante una recta razón. Son particularmente numerosas las curaciones milagrosas, como las que apoyan la beatificación o canonización de los santos, o las que prueban la intercesión de la Santísima Virgen en favor de los hombres, según se demuestra en tantos santuarios marianos.

A la Madre de Dios nos encomendamos. Ella, que es, según las palabras de su prima Isabel, bienaventurada por haber creído, nos concederá una inteligencia clara para reconocer la acción divina en lo ordinario y en lo extraordinario.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Adolescencia y castidad

Las lecturas de hoy nos presentan dos figuras caras a la tradición cristiana: el Profeta (1ª lectura) y la virgen (2ª lectura). En realidad, no se trata sólo de dos “figuras” sino de dos carismas: profecía y virginidad.

El profeta por excelencia fue Jesucristo; en él, la profecía fue virginal (es decir, no adulterada), y la virginidad, profética. Después de Jesús, esto se repite (con todos los descartes que sabemos) para la Iglesia, que también es virgen y profética. Veamos cómo, en este domingo, las dos cosas pueden ser tenidas presentes al mismo tiempo en la reflexión sobre la palabra de Dios de este domingo. En la segunda lectura, san Pablo nos habló de la virginidad, es decir, de quien no se casa con el objeto de permanecer completamente disponible, en cuerpo y alma, para el Señor. Pero la virginidad, además de un estado elegido o, mejor aún, concedido a algunos para toda la vida, es también una fase de la vida de todos. Es la condición que caracteriza, al menos físicamente, el período de maduración del ser humano, en general, su adolescencia. Se refiere entonces, no sólo a quienes no quieren casarse, sino también a quienes todavía no lo han hecho, es decir a los jóvenes.

Cuando la Iglesia explica o defiende la moral sexual de la Biblia (como lo hizo en el reciente documento sobre “Los cristianos y el sexo”), no hace otra cosa que continuar este magisterio profético que ya fue de Pablo y de los apóstoles, por lo cual no es lícito ignorar su voz con la excusa, quizás, de que no todos sus argumentos son igualmente convincentes. Considero que un punto de ese importante documento del Magisterio se adapta muy bien a lo que escuchamos hoy, dicho por Pablo: me refiero a la prohibición de las relaciones prematrimoniales. Hablamos de ello también porque, de esa forma, continuamos el discurso sobre los estados de vida, comenzado el domingo pasado: ¡vivir

escatológicamente y proféticamente no sólo el propio matrimonio, sino incluso la propia adolescencia y la propia juventud!

Nosotros los cristianos, a propósito de esto, debemos hacer dos cosas: una sincera autocrítica (¡sacar la viga de nuestro ojo!), y una denuncia valiente. La autocrítica es ésta. Durante demasiado tiempo hemos asimilado y hemos hecho nuestros ciertos preconceptos debidos no al Evangelio sino a culturas extrañas a él, como el maniqueísmo antiguo y el puritanismo moderno; de ese modo, hemos contribuido a alimentar un culto exagerado y fetichista de la virginidad física que, en ciertos ambientes, generó y todavía genera ansias e incluso crímenes. En este campo, la Iglesia no pide volver a los tiempos pasados, cuando a los jóvenes no les era permitido elegir con libertad a su pareja (los padres elegían por ellos), ni se permitía esa asiduidad y esa intimidad recíproca que es necesaria para conocerse a fondo, para probar los propios sentimientos y el propio carácter, y madurar en el amor. Desde este punto de vista, el cambio producido en las costumbres es un cambio para mejor, no para peor.

Una vez dicho esto, debemos también gritar a voz en cuello que aquello con lo que hoy se trata de sustituir tal culto fetichístico es, a su vez, tanto o más inhumano. En realidad, la alternativa es el desprecio o, peor aún, el ridículo arrojado sobre la pureza y la virginidad de los adolescentes. Hay muchachas a quienes el ambiente les inculca una especie de complejo de inferioridad ante su virginidad, aun siendo muy jóvenes. En una escuela secundaria se difundió un test en el que se preguntaba a muchachos y muchachas cuántas relaciones sexuales tenían, con cuántas personas, de qué sexo, con qué frecuencia, con qué recursos. Ante semejante cuestionario, ¿qué debía pensar de sí mismo un adolescente que todavía poseía su virginidad? No podía dejar de sentirse anormal. Ni siquiera fue tenido en cuenta el hecho de que alguien de esa escuela hubiera elegido no tener relaciones antes del matrimonio. No queremos exagerar; queda la esperanza de que, a pesar de todo, este fenómeno se dé por ahora sólo en una sociedad sofisticada y pseudo-emancipada. Pero haríamos muy mal nosotros, los adultos, si no ayudásemos a los jóvenes a desenmascarar este engaño terrible. Es como el tema de la droga. También allí hay alguien que tiene interés en empujar a los jóvenes hacia el primer paso con el objeto de tener después más clientes y compradores nuevos en ciertos tráficoos que, por desgracia, son muy prósperos.

Debemos hacerla por respeto hacia la persona, aun antes que por respeto hacia la religión y la moral. Porque este complejo de inferioridad que se quiere crear en los jóvenes deseosos de “esperar” el matrimonio, es una cosa estúpida; peor aún, es violencia: una forma refinadísima de violencia, a menudo ejercitada justamente por quien dice luchar contra la violencia y por la liberación de la mujer. Eso priva a la persona de una de las posibilidades más grandes de su existencia: la de hacer entrega consciente y libre del propio ser, en alma y cuerpo, a quien haya demostrado ser digno de recibirlo en calidad de lo que es realmente, es decir, un don que se intercambia en el amor y en la dedicación total, lo más serio que le es dado al hombre cumplir libremente en su vida, puesto que nacer y morir –que son cosas igualmente serias– no dependen de su voluntad.

Acerca de esta donación total, también física, la Iglesia dice que puede tener lugar lícitamente cuando se está en condiciones de asumir toda la responsabilidad, incluida la posibilidad de acoger una nueva vida; cuando de veras constituye una entrega irrevocable y no un simple experimento o, peor aún, un juego. Cuando –agrega para los bautizados– tal donación está santificada por el sacramento que la ubica en el plano de la salvación obrada por Cristo.

Éste no es un límite puesto por la Iglesia; lo pone la palabra de Dios contenida en las Escrituras; es uno de los diez mandamientos de Dios que Jesús vino a perfeccionar, no a abolir: Sexto: ¡no cometerás actos impuros!

No siempre los jóvenes están en condiciones de medir cuán poca libertad existe en un gesto cumplido a los quince o dieciséis años, aun cuando en ese momento creen estar en el vértice de su libertad. Disfrutan con aquello que se ve cerca de la costa o al inicio de escalada, no con lo que se ve al llegar a la cima. ¡Cuánto arrepentimiento escuchamos en quien, en su momento, fue impaciente y no supo esperar su hora! Recogerse para darse: éste tendría que ser el programa para los años de preparación con respecto al matrimonio. El pequeño curso de agua montañosa, si encuentra un dique, se hace más grande, se convierte en un lago capaz de producir energía y luz; pero si baja de a poco, a medida que sale del manantial, se autoconsume y no cambia y no enciende nada. El dique puede parecer constricción y, de hecho, ¡cuánta fuerza de “contención” a menudo se necesita a los dieciocho años! Pero, es el camino para no banalizar el sexo y el amor. A la liberación sexual –observó un conocido sociólogo– no siguió el universo danzante y jubiloso previsto por algún filósofo de la década del 50, sino la droga y la pornografía, “los terribles sustitutos del amor entre un hombre y una mujer”. Justamente: nada de liberación y valorización –como se proclama–, pero sí banalización y destrucción del amor y de sus posibilidades.

Ayudar a los jóvenes, decíamos. Pero, ¿qué medios tenemos para hacerlo? Por cierto, ¡no la constricción! Es necesario enseñar a los jóvenes a que usen su propia libertad, no arrebatársela o querer administrarla en lugar de ellos. La Iglesia tiene nada más que un medio para hacer esto: volver a la palabra de Dios, a partir de la más antigua de todas. El hombre se unirá a su mujer para formar una sola carne, pero sólo después de haber dejado a su padre ya su madre (cfr. Gn. 2, 24), es decir, después de haber creado un nuevo núcleo familiar, después de haber tomado esa decisión grave e irrevocable de salir de su casa, como hizo Abraham con Sara, y de encaminarse con su compañera hacia el propio futuro.

Al hacer esto, la Iglesia cumple aquella misión profética de la que hablaba al principio, y la cumple en la medida en que funda su profético “no” no tanto en las razones naturales, sociológicas y antropológicas que prohíben las relaciones prematrimoniales (argumentos que a menudo resultan incapaces de vencer las razones subjetivas, incluso en los creyentes), sino en la clara voluntad de Dios, apelando al deber de la “obediencia de la fe” (Rom. 1, 5).

Volver entonces a la palabra de Dios, explicar a los jóvenes el proyecto maravilloso del Creador al hacer al hombre varón y mujer; hablar del matrimonio como remedio para la soledad (cfr. Gn. 2, 18s), más que del matrimonio como remedio para la concupiscencia. Hacer entender que lo de la palabra de Dios no es una ley impuesta desde afuera, no es una constricción; porque nosotros no nos hemos hecho a nosotros mismos, nos hizo Dios y, por eso, Dios solamente conoce de verdad cómo estamos hechos, cuál es de verdad “el camino de la vida” y cuál “el camino de la muerte” (Jer. 21, 8). No se trata entonces de un lazo que se arroja al hombre –para hablar con el lenguaje de san Pablo–, ni de un freno puesto a su impulso hacia el amor, sino de una invitación a lo que es digno (2ª. lectura).

Sin embargo, es necesario no ilusionar a los jóvenes que nos escuchan. Ésta no es una elección fácil; la elección fácil –el camino ancho– es la otra. Ésta es una lucha contra la carne y la sangre (cfr. Ef. 6, 12), es decir, contra nosotros mismos; está hecha para quien tiene coraje y no pretende dejarse llevar por la corriente; está hecha para quien tiene la humildad y la tenacidad necesarias para no abatirse y comenzar de nuevo cada vez. Porque, en el sentido más verdadero, vírgenes –hombres de corazón limpio– no se nace, se llega a ser. En este terreno, también es válido lo que se dice de la conversión continua.

Jesús, al hablar de estas cosas, dijo un día: *El que pueda entender, que entienda* (Mt. 19, 12). Recemos con el fin de que el contacto y la comunión que ahora realizamos con el cuerpo eucarístico

de Cristo nos ayude a “entender” de verdad y a descubrir la belleza de aquella su bienaventuranza. ¡Bienaventurados los puros de corazón –es decir, bienaventurados quienes decidieron mantener su corazón puro –, porque ellos verán a Dios!

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

“Se quedaron asombrados... porque no enseñaba como los letrados, sino con autoridad”. El pueblo fue sensible a esta autoridad de Jesús ya que nunca emplea, como hacían los profetas, la fórmula típica: “*Así dice el Señor*”. Él habla siempre en nombre propio: **Oísteis que se dijo a los antiguos, pero yo os digo**. (cf Mc 2, 29).

Esta autoridad, tan distinta y tan superior a la de los mandatarios de este mundo, la ejerce sobre las fuerzas de la naturaleza, las enfermedades, la muerte y, como vemos en el Evangelio de hoy, sobre los espíritus malignos. “En Jesús hay, no un poder extraordinario, sino la misma omnipotencia divina” (K. Adam).

En la sinagoga donde estaba enseñando, un hombre que tenía un espíritu inmundo se puso a gritar: –¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros?” Esta acusación diabólica se refleja en la mentalidad de quienes sólo toleran a Dios y a su Iglesia en el ámbito privado, como un estorbo molesto, o un enemigo de la libertad y la justa autonomía humana. Hay quienes están interesados en imponer a gritos, a través de diversos medios, una cultura laicista, antirreligiosa, silenciando y ridiculizando *lo católico*, ofreciendo a cambio un goce egoísta. La Iglesia se asemeja así a su Maestro: “El siervo no es mayor que su señor. Si me han perseguido a mí, también os perseguirá a vosotros” (Jn 15, 20). El odio de los sin dios es estéril, pero es clarividente y sabe contra quien debe dirigirse. “Sé quién eres: el Santo de Dios”, dijo este poseso de Cafarnaún.

Hay un pecado que, de un modo reposado y con la cabeza serena, dice **no a Dios**. Es la postura de los *instruidos de todos los tiempos* y que J. Pieper ha expresado admirablemente: “Un Dios impersonal, ¡bien está!: un Dios subjetivo de los verdadero, bello y bueno detrás de nuestra mente, ¡mejor todavía! Una fuerza vital informe... jeso es lo mejor de todo! Pero Dios mismo, vivo, que tira de la otra punta de la cuerda..., el Rey, el Esposo, jeso es algo completamente distinto!” Y viene el rechazo.

Pero con Jesucristo ha entrado en la historia humana este misterio de luz y de salvación. Este poder que se impone a cualquier otro, permanece en su Iglesia y no significa subordinación de todo lo que hace la vida más rica y gratificante. Al contrario, Él devuelve al hombre y a la sociedad su ser original, como devolvió la salud a este poseso de Cafarnaún.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Hoy y siempre escucharéis su voz; ¡no endurezcáis vuestro corazón!”

Dt 18,15-20: “Suscitaré un profeta y pondré mis palabras en su boca”

Sal 94,1-2.6-7.8-9: “¡Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor; no endurezcáis vuestro corazón!”

1 Co 7,32-35: “El célibe se preocupa de los asuntos del Señor”

Mc 1,21-28: “Enseñaba con autoridad”

Los profetas tendrán un doble papel: por una parte, deberán luchar contra las prácticas de magia y adivinación; por otra, hablarán en nombre del Señor, que, como en el caso de Moisés, será quien llama y designa.

Los que se admiraban de la “autoridad” con la que Jesús hablaba, querían expresar en ese término muchas cualidades nuevas que habían observado en Él: libertad de espíritu frente a mentalidades intransigentes y cortas; perspectivas nuevas para todos los hombres, lejos de cualquier espíritu restrictivo; oferta de salvación sencilla y sin discriminación, todo ello le otorgaba un ascendiente sobre todos los que le oían que hacía atrayente su figura y apasionante su mensaje.

Es frecuente la palabrería permanentemente escuchada y a la vez no creída. No porque quien habla no merezca credibilidad, sino porque solemos encasillarlos en una “clase” desprestigiada y les hacemos partícipes del mismo descrédito. Es injusto, pero corriente. Enseñar, decir hoy con “autoridad” significa exactamente lo mismo que en tiempos de Jesucristo: hablar respaldado por un prestigio personal intachable.

— “De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo” (Hb 1,1-2). “Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta” (65).

— “En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza, porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios” (104; cf. 101).

— “La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. En cuanto adhesión personal a Dios y asentimiento a la verdad que Él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que Él dice” (150).

— “No se puede creer en Jesucristo sin tener parte en su Espíritu. Es el Espíritu Santo quien revela a los hombres quién es Jesús. Porque «nadie puede decir: ‘Jesús es Señor’ sino bajo la acción del Espíritu Santo» (1 Cor 12,3). «El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor 2,10-11). Sólo Dios conoce a Dios enteramente. Nosotros creemos en el Espíritu Santo porque es Dios” (152).

— “Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad” (San Juan de la Cruz, Carm. 2, 22) (65).

La autoridad como poder se impone; la autoridad como servicio atrae. Y Jesús vino no a ser servido sino a servir.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

La esclavitud del pecado.

– Cristo ha venido a librarnos del demonio y del pecado.

I. El Evangelio de la Misa de este domingo²⁵ nos habla de la curación de un endemoniado. La victoria sobre el espíritu inmundo –eso significa Belial o Belcebú, nombre que se asigna en la Escritura al demonio²⁶– es una señal más de la llegada del Mesías, que viene a liberar a los hombres de su más temible esclavitud: la del demonio y el pecado.

Este hombre atormentado de Cafarnaún decía a gritos: *¿Qué hay entre nosotros y tú, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? ¡Sé quién eres tú, el Santo de Dios!* Y Jesús le mandó con imperio: *Calla, y sal de él. Y se quedaron todos estupefactos.* No se excluye –enseña Juan Pablo II– que en ciertos casos el espíritu maligno llegue incluso a ejercitar su influjo no sólo sobre las cosas materiales, sino también *sobre el cuerpo del hombre*, por lo que se habla de “posesiones diabólicas”²⁷. No resulta siempre fácil discernir lo que hay de preternatural en estos casos, ni la Iglesia condesciende o secunda fácilmente la tendencia a atribuir muchos hechos o intervenciones directas al demonio; pero en principio no se puede negar que, en su afán de dañar y conducir al mal, Satanás pueda llegar a esta extrema expresión de su superioridad²⁸. La posesión diabólica aparece en el Evangelio acompañada ordinariamente de manifestaciones patológicas: epilepsia, mudéz, sordera... Los posesos pierden frecuentemente el dominio sobre sí mismos, sobre sus gestos y palabras; en ocasiones son instrumentos del demonio. Por eso, estos milagros que realiza el Señor manifiestan la llegada del reino de Dios y la expulsión del diablo fuera de los dominios del reino: *Ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera*²⁹. Cuando vuelven los setenta y dos discípulos, llenos de alegría por los resultados de su misión apostólica, le dicen a Jesús: *Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.* Y el Maestro les contesta: *Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo*³⁰. Desde la llegada de Cristo el demonio se bate en retirada, aunque es mucho su poder y “su presencia se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios”³¹; mediante el pecado mortal muchos hombres quedan sujetos a la esclavitud del demonio³², se alejan del reino de Dios para penetrar en el reino de las tinieblas, del mal; en un grado u otro, se convierten en instrumento del mal en el mundo, y quedan sometidos a la peor de las esclavitudes. *En verdad os digo: todo el que comete pecado, esclavo es del pecado*³³. Y el dominio del diablo puede adoptar otras formas de apariencia más normal, menos llamativa.

Debemos permanecer vigilantes, para discernir y rechazar las insidias del tentador, que no se concede pausa en su afán de dañarnos, ya que, tras el pecado original, hemos quedado sujetos a las pasiones y expuestos al asalto de la concupiscencia y del demonio: fuimos *vendidos como esclavos al pecado*³⁴. “Toda la vida humana, individual y colectiva, se presenta como lucha –lucha dramática– entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Es más: el hombre se siente incapaz de someter con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas”³⁵. Por eso, hemos de dar todo su sentido a la última de las peticiones que Cristo nos enseñó en el Padrenuestro: *líbranos del mal*, manteniendo a raya la concupiscencia y combatiendo, con la ayuda de Dios, la influencia del demonio, siempre al acecho, que inclina al pecado.

²⁵ Mc 1, 21-28.

²⁶ Cfr. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 13-VIII-1986.

²⁷ Cfr. Mc 5, 2-9.

²⁸ Cfr. S. JUAN PABLO II, *loc. cit.*

²⁹ Jn 12, 31.

³⁰ Lc 10, 17-18.

³¹ S. JUAN PABLO II, *loc. cit.*

³² Cfr. CONC. DE TRENTO, *Sesión XIV*, cap. 1.

³³ Jn 8, 34.

³⁴ Cfr. Rom 8, 14.

³⁵ CONC. VAT. II, Const. *Gaudium et spes*, 13.

Además del hecho histórico concreto que nos muestra el Evangelio, con la luz de la fe podemos ver en este poseo a todo pecador que quiere convertirse a Dios, librándose de Satanás y del pecado, pues Jesús no ha venido a liberarnos “de los pueblos dominadores, sino del demonio; no de la cautividad del cuerpo, sino de la malicia del alma”³⁶.

“Líbranos, oh Señor, del Mal, del Maligno; no nos dejes caer en la tentación. Haz, por tu infinita misericordia, que no cedamos ante la infidelidad a la cual nos seduce aquel que ha sido infiel desde el comienzo”³⁷.

– **La malicia del pecado.**

II. La experiencia de la ofensa a Dios es una realidad. Y con facilidad el cristiano descubre esa huella profunda de mal y ve un mundo esclavizado por el pecado³⁸. La Iglesia nos enseña que existen *pecados mortales* por naturaleza –que causan la muerte espiritual, la pérdida de la vida sobrenatural–, mientras otros son *veniales*, los cuales, aunque no se oponen radicalmente a Dios, obstaculizan el ejercicio de las virtudes sobrenaturales y disponen para caer en pecados graves.

San Pablo nos recuerda que fuimos rescatados a un precio muy alto³⁹ y nos exhorta con firmeza a no volver de nuevo a la esclavitud; hemos de ser sinceros con nosotros mismos, para evitar reincidir, avivando en nuestras almas el afán de santidad. *El primer requisito para desterrar ese mal (...), es procurar conducirse con la disposición clara, habitual y actual, de aversión al pecado. Recientemente, con sinceridad, hemos de sentir –en el corazón y en la cabeza– horror al pecado grave. Y también ha de ser nuestra la actitud, hondamente arraigada, de abominar del pecado venial deliberado, de esas claudicaciones que no nos privan de la gracia divina, pero debilitan los cauces por los que nos llega*⁴⁰.

El pecado mortal es la peor desgracia que le puede suceder a un cristiano. Cuanto éste se mueve por el amor, todo sirve a la gloria de Dios y para servicio de sus hermanos los hombres, y las mismas realidades terrenas son santificadas: el hogar, la profesión, el deporte, la política... Por el contrario, cuando se deja seducir por el demonio, su pecado introduce en el mundo un principio de desorden radical, que lo aleja de su Creador y es causa de todos los horrores que en él se encuentran. Pidamos al Señor esa pureza de conciencia que nos lleve a no cohonestar, a no acostumbrarnos, a abominar de toda ofensa a Dios; hemos de hacer nuestro aquel lamento –de fuerte sentido de agravio– del profeta Jeremías: *Pasmaos, cielos, de esto y horrorizaos sobremanera, dice Yahvé. Un doble crimen ha cometido mi pueblo: dejarme a mí, fuente de agua viva, para excavar cisternas agrietadas incapaces de retener el agua*⁴¹. Aquí reside la maldad del pecado: en que los hombres, *habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, sino que se envanecieron con sus razonamientos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas..., dando culto y sirviendo a las criaturas en lugar de adorar al Creador*⁴².

El pecado, un solo pecado, ejerce, de una forma a veces oculta y otras visible y palpable, una misteriosa influencia sobre la familia, los amigos, la Iglesia y sobre la entera humanidad. Si un sarmiento enferma, todo el organismo se resiente; si un sarmiento queda estéril, la vid no produce ya el fruto que de ella se esperaba; es más, otros sarmientos pueden también enfermar y morir.

³⁶ SAN AGUSTIN, *Sermón* 48.

³⁷ S. JUAN PABLO II, *loc. cit.*

³⁸ CONC. VAT. II, *loc. cit.*, 2.

³⁹ Cfr. 1 Cor 7, 23.

⁴⁰ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 243.

⁴¹ Jer 2, 12-13.

⁴² Rom 1, 21-25.

Renovemos hoy el firme propósito de alejarnos de todo aquello (espectáculos, lecturas inconvenientes, ambientes donde desentona la presencia de un hombre, de una mujer que sigue a Cristo...) que pueda ser ocasión de ofender a Dios. Amemos mucho el sacramento de la Penitencia y enseñemos a amarlo con una profunda catequesis sobre este sacramento, y meditemos con frecuencia la Pasión del Señor para entender más la malicia del pecado. Pidamos al Señor que sea una realidad en nuestras vidas esa sentencia popular llena de sentido: “antes morir que pecar”.

– El carácter liberador de la Confesión. La lucha para evitar los pecados veniales.

III. Si nos percatamos –nunca penetraremos bastante en la realidad del *mysterium iniquitatis* que es el pecado– de la malicia de la ofensa a Dios, nunca plantearemos la lucha en la frontera de lo grave y lo leve, pues el pecado mayor está en *despreciar la pelea en esas escaramuzas, que calan poco a poco en el alma, hasta volverla blanda, quebradiza e indiferente, insensible a las voces de Dios*⁴³. Los pecados veniales realizan este funesto efecto en las almas que no luchan con firmeza para evitarlos, y constituyen un excelente aliado del demonio, empeñado en dañar. Sin matar la vida de la gracia, la debilitan, hacen más difícil el ejercicio de las virtudes y apenas se oyen las insinuaciones del Espíritu Santo y, si no se reacciona con energía, disponen para faltas y pecados graves. *¡Qué pena me das mientras no sientas dolor de tus pecados veniales! –Porque, hasta entonces, no habrás comenzado a tener verdadera vida interior*⁴⁴. Pidamos al Señor su luz, su amor, su fuego que nos purifique, para no empequeñecer nunca la grandeza de nuestra vocación, para no quedar atrapados en la mediocridad espiritual a la que lleva la lucha lánguida, floja, ante las faltas veniales.

Para luchar contra los pecados veniales el cristiano ha de darles la importancia que tienen: son los causantes de la mediocridad espiritual, de la tibieza, y lo que hace realmente dificultoso el camino de la vida interior. Los santos han recomendado siempre la Confesión frecuente, sincera y contrita como medio eficaz contra estas faltas y pecados, y camino seguro para ir adelante. “Ten siempre verdadero dolor de los pecados que confiesas, por leves que sean –aconsejaba San Francisco de Sales– y haz *firme* propósito de la enmienda para en adelante. Muchos hay que pierden grandes bienes y mucho aprovechamiento espiritual porque, confesándose de los pecados veniales como por costumbre y cumplimiento, sin pensar enmendarse, permanecen toda la vida cargados de ellos”⁴⁵.

*Ojalá escuchéis hoy su voz: no endurezcáis vuestros corazones*⁴⁶, nos exhorta el *Salmo responsorial* de la Misa. Pidamos al Espíritu Santo que nos ayude a tener un corazón cada vez más limpio y más fuerte, capaz de rechazar todo lazo que oprima y de abrirse a Dios, como Él espera de cada cristiano.

Rev. D. Jordi CASTELLET i Sala (Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

«¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad!»

Hoy, Cristo nos dirige su enérgico grito, sin dudas y con autoridad: «Cállate y sal de él» (Mc 1,25). Lo dice a los espíritus malignos que viven en nosotros y que no nos dejan ser libres, tal y como Dios nos ha creado y deseado.

⁴³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 77.

⁴⁴ IDEM, *Camino*, n. 330.

⁴⁵ SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, II, 19.

⁴⁶ Salmo responsorial. *Sal* 94, 1-2; 6-7; 8-9.

Si te has fijado, los fundadores de las órdenes religiosas, la primera norma que ponen cuando establecen la vida comunitaria, es la del silencio: en una casa donde se tenga que rezar, ha de reinar el silencio y la contemplación. Como reza el adagio: «El bien no hace ruido; el ruido no hace bien». Por esto, Cristo ordena a aquel espíritu maligno que calle, porque su obligación es rendirse ante quien es la Palabra, que «se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (Jn 1,14).

Pero es cierto que con la admiración que sentimos ante el Señor, se puede mezclar también un sentimiento de suficiencia, de tal manera que lleguemos a pensar tal como san Agustín decía en las propias confesiones: «Señor, hazme casto, pero todavía no». Y es que la tentación es la de dejar para más tarde la propia conversión, porque ahora no encaja con los propios planes personales.

La llamada al seguimiento radical de Jesucristo, es para el aquí y ahora, para hacer posible su Reino, que se abre paso con dificultad entre nosotros. Él conoce nuestra tibieza, sabe que no nos gastamos decididamente en la opción por el Evangelio, sino que queremos contemporizar, ir tirando, ir viviendo, sin estridencias y sin prisa.

El mal no puede convivir con el bien. La vida santa no permite el pecado. «Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro» (Mt 6,24), dice Jesucristo. Refugiémonos en el árbol santo de la Cruz y que su sombra se proyecte sobre nuestra vida, y dejemos que sea Él quien nos conforte, nos haga entender el porqué de nuestra existencia y nos conceda una vida digna de Hijos de Dios.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

El poder de Dios

«Jesucristo... ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (Apoc 1, 5-6).

Todo el poder de Dios se ha derramado al mundo a través de un hombre que también es Dios, que tiene la naturaleza humana y su fragilidad, y tiene la naturaleza de la divinidad.

Todo el poder de Dios ha sido puesto en las manos de los hombres, a través de un solo hombre y Dios, que es Cristo.

Poder para curar, para sanar, para expulsar demonios, y para dar vida a los muertos.

Poder para convencer mientras predica su Palabra.

Poder para atraer a los hombres más lejanos hasta Él.

Poder para llevar la paz a todos los rincones del mundo.

Poder para transformar corazones de piedra en corazones de carne.

Poder para soportar la infamia, la burla, la indiferencia, la difamación, la calumnia, la ignominia, la inmundicia, la ingratitud, la mentira, la persecución, el mal juicio, la traición, la flagelación, y hasta una tortura de crucifixión, en la que Él mismo entrega su vida, soportando el dolor, el sufrimiento hasta el extremo, dando su vida por amor, porque nadie se la quita, Él la da, por su propia voluntad.

Entrega total, entrega sincera, amor verdadero de aquel que nos amó primero y que amando hasta el extremo entregó su poder en manos de aquellos que tanto amó y que eran sus siervos.

Aquellos que, siendo Él el maestro, los hizo sus discípulos.

Aquellos que, siendo Él el pastor, los hizo sus corderos.

Aquellos que quiso hacerlos como Él y no los llamó siervos, los llamó amigos, los llamó sacerdotes de su Iglesia y pastores de su rebaño.

Y les da el poder de Dios en sus manos, para transformar el pan y el vino en su Cuerpo y en su Sangre, pan bajado del cielo.

Poder para curar, para sanar, para expulsar demonios, para resucitar muertos, a través de los sacramentos.

Poder para convertir corazones y para perdonar los pecados.

Poder para predicar la Palabra de Dios, llevando la Buena Nueva al mundo entero.

Poder para construir en la tierra el Reino de los Cielos.

Poder para multiplicar los panes a través de la Eucaristía.

Poder para derramar la misericordia y la gracia de Dios a todos los corazones de los hombres.

Poder para enseñar como quien tiene autoridad y sabiduría, porque tiene al Espíritu Santo que lo guía.

Poder para escrutar los corazones, penetrando con la Palabra, como espada de dos filos, hasta lo más profundo de las almas, para discernir el bien y el mal, la verdad y la mentira, la pureza y las malas intenciones de los hombres, y poder dar buen consejo, para convertir los corazones de piedra en corazones de carne.

A ti sacerdote se te ha dado ese poder de Dios.

Poder para perdonar, poder para salvar, pero, sobre todo, poder para amar hasta el extremo, como te enseñó tu Maestro, haciéndote a los hombres como se hizo Él, llevando misericordia a las miserias de los hombres, para transformarlos, purificarlos, salvarlos y santificarlos.

Sacerdote: tú tienes el poder en tus manos, úsalo para hacer el bien, aprovéchalo para hacer mucho bien, agradécelo, porque es también para tu propio bien.

Pero ten cuidado, porque el poder mal utilizado, mal intencionado, mal aplicado y mal aprovechado puede ser tu propia condena.

Cuida, sacerdote, la gracia que Dios ha confiado en tus benditas manos, y entrégale a través de ese poder la gloria que, con tu trabajo, cumpliendo con tu ministerio, y siendo tú mismo el ejemplo, consigas para Él, a imagen y semejanza del Padre, que glorifica al Hijo, para que el Hijo glorifique, en ti, al Padre.

Sacerdote: tú tienes autoridad en el mundo, porque tienes el poder que no es del mundo, y hasta los demonios te obedecen. Usa tu poder para cambiar el mundo, para salvar el mundo.

Pero usa tu poder para salvarte a ti también.

Poder de discernir el mal y el bien, primero en ti.

Poder de predicar la Palabra de Dios y aplicarla primero en ti.

Poder de transformar tu corazón de piedra en corazón de carne a través de tu fe, de tu obediencia y de tu amor.

Vive en el amor, sacerdote, y santifica tu vida, porque en tus manos tienes el poder de Dios.

(Espada de Dos Filos III, n. 26)

**(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de “Espada de Dos Filos”, -
facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a:
espada.de.dos.filos12@gmail.com)**
